

DE FONTANEROS Y FILÓSOFOS

Javier Hernández-Pacheco. Universidad de Sevilla

Si Manolo Pavón hubiese sido fontanero y, como ha sido el caso, mi amigo, la fontanería tendría ahora una luz nueva para mí, más alegre y chispeante. Manolo ha sido de esas personas que enriquecen todo lo que hacen: el matrimonio, la amistad, la vida académica y, por supuesto, la filosofía. Su especialidad era la filosofía de la naturaleza y de la ciencia, más concretamente de la física, y estoy seguro de que en ese campo, como en todos los demás, sus aportaciones merecen ser valoradas por alguien que se mueva con comodidad por ese terreno de la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad. Y yo no soy ése. Pero sospecho que no por ello me he perdido lo mejor que en filosofía ha hecho Manolo. Porque, más que una reflexión desencarnada en las etéreas regiones de lo intersubjetivamente válido, la filosofía era para él fundamentalmente vida. Se ha abusado tanto de «talantes» y «actitudes», que casi da vergüenza decir que lo verdaderamente enriquecedor en el trato intelectual con él, era el planteamiento existencial desde el que reflexivamente abordaba cualquier aspecto de la vida, ya fuese efectivamente la mecánica cuántica (seguro que también ahí descubría él vitalidad), o lo que yo más fácilmente podía entender a partir de una discusión práctica sobre cuestiones de gobierno académico o acerca de los últimos titulares de la actualidad periodística.

Uno tiene sus manías. Y una de las mías, en la que coincidía con Manolo cada vez que hablábamos, es que en el mundo académico hemos hecho de la filosofía un —perdón por la poco académica expresión— bodrio indigestible para cualquier ser humano, incluso cuando lo consideramos superdotado de *logos*. La filosofía académica al uso, la que podemos encontrar en libros, monografías y revistas «de prestigio», tan numerosas como poco leídas, es algo que no se nos cae de las manos sólo porque hace tiempo que la filosofía ha dejado de ocuparse de otra cosa que sí misma y se ha cerrado en una capsula reflexiva desembragada de toda vitalidad. Y ello tanto más cuanto más se repite en medios profesionales el descalificativo «narcisista» y la manida frase de «mirarse el propio ombligo».

Frente a esta apoteosis de la pedantería, lo primero que aportaba Manolo a una conversación filosófica era frescura; y eso es lo que los alumnos descubrían en él hasta llegar a la fascinación: que hablaba de cosas que ellos entendían. Porque había roto el sortilegio maldito. Manolo no hablaba de filosofía, sino filosóficamente de cualquier cosa. La falsa reflexión en que se ha convertido la filosofía académica ocurre cuando deja de ser un *logos peri physeos*, un discurso acerca de la naturaleza, de lo que nace y muere, en definitiva «de lo que pasa», buscando los principios desde lo que eso, siempre sólo relativamente, se puede entender. Porque entonces la filosofía se convierte en el tema de sí misma y así en una monumental *petitio principii* allí donde quiere aportar definiciones, esto es, explicar lo que las cosas *son*. Y de ese cierre, o mejor “encerramiento” o “cercado” lógico, remedo de reflexión, sólo se sale volviendo a las cosas mismas (sin entrecornillar la expresión, porque Husserl, para el que esas «cosas mismas» terminan

siendo *noemata*, es precisamente uno de los peores ejemplos de lo eficaz que puede ser la maldición). Para Manolo lo interesante era hablar de lo que le interesa a todo el mundo: de ambiciones y desilusiones, de mujeres, de la guerra, de toros, de exploraciones. Como a todo buen filósofo le fascinaba lo curioso, la actualidad, y la historia, más que la filosofía misma. Los conceptos no eran para él lo interesante, sino la forma de esclarecer lo que interesa, como aquello en lo que cualquiera se siente implicado («interés» viene de *interesse*); pero de tal manera que eso exige reflexión y concepto para que esa implicación sea la propia de sujetos libres que tienen que poder acompañar con el pensamiento todas sus representaciones o experiencias. Eso era para él la filosofía, y así fue para mí un ejemplo profesional a fuer de humano.

Conceptos sin intuiciones, están vacíos. No fue ciertamente su tesis sobre Kant lo que impulsó su vida, ni siquiera intelectual, pero concuerda si consideramos que esa vida fue una búsqueda constante de experiencias, especialmente admirable en una persona que llevó un cuerpo impedido por la poliomielitis siempre a rastras... hasta el fin del mundo. Incluso subió en globo. Y el último proyecto, que no vio cumplido, era ir al Ártico. Él, con mucha sorna, le echaba la «culpa» a Isabel, su mujer. Pero todos los que los hemos conocido sabemos que eran tal para cual. Su vida intelectual era en este sentido reflejo de esa experiencia, de esa constante curiosidad. Pero no se trataba de ese afán morboso por lo extraño que a veces es síntoma de una intelectualidad desembragada que confunde la experiencia con hacer de la vida algo ficticio, buscando extrañas vivencias en la droga —él prefería un buen cognac—, o divorciándose para «ver qué se siente». No, a Manolo la vida normal, la de todo el mundo, le parecía mucho más interesante que todo eso; y el colmo de sus experiencias eran probablemente aquellas reuniones hasta la madrugada en su casa, a la que alumnos o compañeros, ya para entonces amigos, íbamos a contarle nuestras alegrías o desengaños amorosos. Fácilmente salías de allí convencido de que lo que te había pasado era tan injusto como comprensible, y en cualquier caso de que valías mucho más de lo que antes de entrar pensabas. Eso, la vida misma, era el material de sus reflexiones, siempre compartidas porque eran, en efecto, conceptos a medida de vivencias comunes, mejor, de convivencias. Hubiese sido un ensayista genial si hubiese sido capaz de despegar sus reflexiones de la ocasión vital que las merecía —y en las que esas reflexiones siempre servían—. Pero probablemente el teclado del ordenador, lejos ya de la copa compartida, no le inspiraba, y sus verdaderas aportaciones son algo que sus amigos, aquellos a los que él quiso, guardamos en el recuerdo como algo sin más eternidad que la de la amistad.

Pero, ¿vale la pena una filosofía que no sea así? Ciertamente no en el origen, porque nada vale el pensamiento que no sea reflexión sobre esa existencia real e interesante. Pero quizás tampoco al final. Escribir tiene un punto de mal vicio —al que algunos nos aficionamos—, porque en él pretendemos liberar al pensamiento de la circunstancialidad de ese origen, haciéndolo público, válido para todo interlocutor, y así para un lector abstracto que termina por ser... nadie. Tiene ventajas, pero ¡cuánto se pierde!, si no lo fundamental. Quizás, en esto de la filosofía escribimos sólo aquellos a los que algo se nos ocurre y no servimos para otra cosa o no sabemos mejor cómo transmitirlo. Para Manolo su género propio era, además por supuesto de las clases, esas intervenciones académicas en las que los demás balbuceamos: las tesis doctorales, o los coloquios de mesas redondas. Era un espectáculo, en el que el *logos* se hacía dionisiaco, y entonces efímero e irrepetible.

Y luego, más allá de la circunstancia en que ese discurso se originaba, le parecía que no tenía nada que decir. Le faltaba la paranoia consubstancial a todo escritor de pensar que la humanidad entera, por toda la eternidad además, está esperando nuestras revelaciones. Y si la filosofía es expresión de la finitud del pensamiento, saber que se busca y no se tiene, reflexión ligada a la pregunta, entonces quizás el diálogo, en el que el pensamiento no pierde sus raíces interesantes, y entonces circunstanciales, sea para ella un límite insuperable.

El socratismo ha sido tantas veces el refugio de los inútiles que casi me duele disfrazar con ese nombre mi experiencia de la vida de Manolo. Probablemente él no se sintiese cómodo con la atribución. Le faltaba además el punto impertinente e insidioso del de Atenas –al que la provocación costó la vida–, y Manolo no era nada amigo de meter dedos en ojos ajenos, a pesar de que a veces exhibía una divertida pose furibunda. No sé si era humilde, porque al final ninguno lo somos, pero todos los que le conocemos sabemos hasta qué punto se sentía cómodo en la modestia y el *understatement*. Tenía algo de *british*, y en epistemología se inclinaba, en la medida en que lo hacía por alguien, hacia Popper. Pero algo hay que decir del socratismo, porque, quitándole, insisto, ese no sé qué agresivo, hablar de la vida intelectual de Manolo, de su filosofía, es hablar de ironía, con menos pretensiones: de sencillo sentido del humor.

El punto de arranque de toda su reflexión era siempre algo jocoso, descompuesto o chusco, que el encontraba siempre en todas las cosas y que lograba representar con un genial dominio de la expresión. Empezando por lo más sublime. Porque lo cursi no deja de ser otra cosa que tomarse en serio las cosas serias, que en su modo humano, y finito por tanto, de darse merecen tanto respeto como distancia crítica. Y entonces el sentido del humor no es otra cosa que una forma de honrar eso grandioso que su forma inmediata de darse siempre traiciona y ridiculiza. Siempre hablaba en broma de su mujer, de sus amigos, de su patria, de su pueblo, y en general de todo aquello que quería, dejando claro con ello que lo que le enamoraba era siempre más.

Como tantas cosas, hoy esta de moda la ironía, el *Witz* romántico, en una época postmoderna que se define por sus desencantos, y que está muy lejos de entender cómo esa ironía era precisamente expresión del entusiasmo. Porque romanticismo –y de eso sabía Manolo todo– no es infantil embobamiento con lo ideal, sino la capacidad de descubrirlo allí donde precisamente los hechos lo contradicen; y así la sensibilidad para ver en el mundo sus desfiguraciones y contrastes, esto es, los déficits de los que adolece; a la vez que el viril compromiso –sólo en una necrológica de Manolo Pavón se puede uno aún atrever a hablar de la virilidad como virtud– por hacerlo mejor. Si esto no se entiende, se confunde entonces la ironía con la mordacidad, con el chiste hiriente y agresivo, que nada tiene de romántico, porque no deja salida a la esperanza; que no entiende que las cosas dan risa porque en el fondo son amables y merecen ser mejor. Y por eso siempre estaba en él el humor, como debe ser, pareado con la melancolía.

De este modo, el humor es el arranque de la verdadera filosofía, de una reflexión que no se encierra en el modo deficitario de las cosas, sino que se abre, más allá de su modo concreto de darse, a lo que por encima de ellas mismas significan. Eso es *logos*, como afán práctico por las significaciones, por llevar las cosas a su fin cumplido. Hay una prueba de fuego para descubrir el verdadero sentido del humor. La mordacidad es la excusa perfecta de la pereza, como reflejo que es de un escepticismo que resulta

a la postre paralizante: nada vale la pena. Por el contrario, junto de la filosofía, la verdadera ironía, como signo de un inteligente entusiasmo, es el arranque del trabajo. Y a Manolo tomarse las cosas a broma le llevaba siempre a trabajar por hacerlas mejor; y sin darse importancia se convertía en la pieza clave de cualquier organigrama, en el que aparecía al final allí donde alguien, en el Departamento, en la Facultad, en un Grupo de Investigación, quería hacer algo útil. Manolo servía. Tomándose siempre a broma su propio servicio, de cuando en cuando con un sufrido resoplido.

El humor, quitándole importancia a todo, era su forma de pensar, de amar, de trabajar. También su forma de creer, o al menos de respetar aquellas últimas cosas que él, pero no menos que muchos entusiastas creyentes, no entendía. Aunque más que fe, debajo de todo, lo que traslucía su vida era esperanza, la antítesis de todo escepticismo.

Muchas más cosas podríamos hablar de Manolo, que sin embargo me da pudor poner por escrito allí donde él mismo no lo hizo. Queda el recuerdo, y también la esperanza; porque si algo imaginable tiene el cielo es que allí debe estar la gente como él. Mientras tanto nos va quedando la nostalgia, y aquello de Alberti: «si volviera, yo sería su escudero, ¡que buen caballero era!». Aunque tendríamos un conflicto, porque antes, como de tantos, él querría serlo mío. Los dos teníamos vocación de tenientes. Aunque ésa es otra historia.

¡Que Dios lo tenga en su gloria, porque se lo pasará bien con él!

* * *

Javier Hernández-Pacheco
jpacheco@us.es